

Fecha: 26/04/1994

Título: Haití —la muerte

Contenido:

No hay en el hemisferio occidental, y acaso en el mundo, caso más trágico que el de Haití. Es el más pobre y atrasado de los países del Continente y en su historia se suceden dictaduras sanguinarias, tiranos corrompidos y crueles, y matanzas e iniquidades que parecen urdidas por una imaginación perversa y apocalíptica. Ahora que por América Latina circula un aire de progreso y de optimismo con la consolidación de regímenes democráticos y reformas económicas que atraen hacia la región un vasto flujo de inversiones, Haití sigue hundiéndose en el salvajismo político y en una miseria sobrecogedora.

¿Quién tiene la culpa de este sombrío destino haitiano? No faltan politólogos y sociólogos que explican el fenómeno con el argumento cultural: el Vudú y otras creencias y prácticas sincretistas de origen africano, firmemente arraigadas en la población campesina del país, constituirían un obstáculo insalvable para su modernización política y económica y harían a los haitianos fáciles presas de la manipulación de cualquier demagogo nacionalista, víctimas propicias de los caudillos siempre listos a justificar su permanencia en el poder como garantes de lo que Papá Doc llamaba "el haitianismo" o "el negrismo".

Y, sin embargo, cuando se echa aunque sea una rápida ojeada a la historia moderna de Haití, se vislumbra, como una corriente de agua clara discurriendo entre las hecatombes y carnicerías cotidianas, una constante esperanzadora: cada vez que tuvo ocasión de expresar lo que quería en comicios más o menos limpios, ese pueblo de analfabetos y miserables eligió bien, votó a favor de quienes parecían representar la opción más justa y más honrada y en contra de los verdugos, corruptos y explotadores. Eso fue lo que ocurrió -aunque ahora aquello parezca una paradoja grotesca- en 1957, en las primeras elecciones de sufragio universal en la isla, luego de diecinueve años de ocupación norteamericana (1915-1934), cuando eligió, abrumadoramente, a quien parecía un médico honrado e idealista -François Duvalier- y defensor de los derechos de la mayoría negra (90% de la población) en contra de la minoría mulata, poseedora entonces de la riqueza, el poder político y cómplice descarada de la intervención colonial. Nadie podía sospechar, en ese momento que se creyó el umbral de una nueva era de progreso para Haití, que el señor Duvalier se transformaría en poco tiempo en el vesánico Papá Doc, es decir en una versión rediviva de sus admirados modelos en desafueros despóticos: Dessalines y Christophe.

Pero ha sido sobre todo luego de la caída de la dinastía duvalierista (aunque no de las estructuras militares, policiales y gansteriles que la sostenían) cuando se ha visto a la inmensa mayoría de haitianos enviar señales inequívocas, al mundo entero, de su voluntad de vivir en paz, dentro de un régimen de libertad y de legalidad. Éste es el sentido profundo de la gestación del movimiento *Se Lavalas*, desde los estratos más marginados y huérfanos de la sociedad haitiana, que, a partir de 1986, impondría una irresistible dinámica democratizadora en todo el país.

Esta movilización popular, de campesinos, obreros, artesanos y desocupados, fue una gesta cívica admirable, de contornos épicos, que, no lo olvidemos, se hizo en las condiciones más adversas, desafiando una implacable represión militar y a las bandas criminales del antiguo régimen que no habían sido casi afectadas por la remoción de Baby Doc. Pese a los asesinatos y a los escarmientos preventivos -incendios, bombardeos, secuestros, torturas, en los barrios y aldeas más pobres- los haitianos acudieron en masa a inscribirse en los padrones electorales y

aprobaron por aplastante mayoría la nueva Constitución en el referéndum del 3 de marzo de 1987. Y, en las elecciones más concurridas y más pulcras de la historia de Haití, las del 29 de noviembre de 1990, eligieron presidente a Jean-Bertrand Aristide por una mayoría plebiscitaria: el 67 por ciento de los votos.

Conviene recordar que fue este movimiento cívico de base el que, en cierta forma, curó de sus veleidades revolucionarias al carismático excurita salesiano e hizo de él un demócrata. Hasta aquel referéndum, entre escapadas milagrosas de atentados y querellas con la jerarquía católica, el Padre Aristide predicaba la acción directa -la revolución- y se mostraba totalmente escéptico sobre la vía pacífica y democrática para reformar el país. Aquella movilización cívica que hizo de *Se Lavalas* una formidable fuerza política con arraigo en todo el territorio y que levantó como la espuma las ilusiones de cambio pacífico de todo un pueblo, lo convenció de las posibilidades de la democracia -de la ley- para llevar a cabo la transformación radical con que encandilaba a los oyentes de sus sermones.

Pese a todo lo que se ha dicho -y la verdad es que los ataques injustos y las calumnias han llovido sobre él desde que fue defenestrado- el presidente Aristide respetó la legalidad democrática, y trató de acabar con la corrupción, el crimen político, las mafias del narcotráfico, los privilegios económicos y la explotación del campesino, siguiendo los mecanismos dictados por la Constitución. Fue la amplitud reformista de estos cambios, y no los excesos y desórdenes populares -que también los hubo- de los primeros meses de su gobierno, lo que desató contra él la conspiración de los militares y de la élite plutocrática, que culminó en el golpe de Estado de septiembre de 1991 que llevó al poder al general Raoul Cédras.

Lo que ha ocurrido desde entonces en Haití debería llenar de remordimiento y de vergüenza a todos los países democráticos del Occidente, y en especial a Estados Unidos, en cuyas manos ha estado, con un poco de buena voluntad y decisión, poner fin a las operaciones de verdadero genocidio con que la dictadura militar trata de sofocar la resistencia de los haitianos. Es difícil entender la lógica que permitió al Gobierno norteamericano enviar a los *marines* a Granada y Panamá, alegando que había allí unas tiranías peligrosas para el hemisferio, y, en cambio, retirar a los mismos *marines* cuando iban a desembarcar en Haití para garantizar el acuerdo de Governors Island, patrocinado por las Naciones Unidas y firmado por Aristide y por Cédras, porque un puñado de matones de la dictadura apedrearon el barco en que llegaban. Hay en esto una asimetría y una incoherencia peligrosas como precedente para los futuros golpistas del continente.

Ni siquiera el argumento de la complicidad con las mafias de la droga de Noriega que sirvió de coartada para la invasión de Panamá vale en este caso. Pues todo el mundo sabe -y todos los informes sobre la situación de Haití lo corroboran- que una de las razones principales para el golpe de Cédras fue preservar el monopolio del narcotráfico que los militares haitianos detentan -y que, por lo demás, es su principal fuente de ingresos-, y que extrae todas sus ganancias de la intermediación en el tránsito (le la cocaína colombiana a los Estados Unidos).

Naturalmente que una intervención armada no puede ser unilateral y que ella siempre implica riesgos gravísimos, que deben ser muy cuidadosamente sopesados. Pero, si hay un solo caso hoy día en el mundo en el que las Naciones Unidas pueden y deben considerar este recurso extremo, para poner fin a los crímenes contra la humanidad que comete una tiranía criminal contra un pueblo indefenso, es el Haití. Lo que allí ocurre es difícil de describir, porque los testimonios van más allá del realismo y de lo verosímil y trascienden incluso los horrores mágico-políticos fantaseados por Alejo Carpentier sobre el pasado haitiano en *El reino de este*

mundo. Así, en tanto que el embargo decretado contra el régimen por la comunidad internacional como medio de presión, es burlado a diario por la frontera dominicana, una coladera, que además permite multiplicar sus ingresos a los contrabandistas —que son todos militares y policías—, la dictadura, tranquilizada por las declaraciones de Washington de que no se recurrirá en ningún caso a la acción armada para restablecer la democracia, prosigue con total comodidad el exterminio físico de los cuadros más visibles de *Se Lavalas* y una política de terror y amedrentamiento masivo, a fin de desarraigar de la conciencia haitiana la ilusión de retorno a la democracia.

Para ello, el régimen ha creado una forma más moderna y eficiente —mejor pagada y armada de lo que fueron los hombres de mano de Papá Doc (los tontos macoutes): el FRHP (Frente Haitiano para el Avance y el Progreso). Bajo la férula sanguinaria del teniente coronel Michel Francois, jefe de la policía, los hombres del FRHP exterminan familias enteras cada noche en todos los barrios y aldeas conocidos por sus simpatías hacia Aristide y queman las casas de los partidarios o los secuestran y someten a atroces torturas y luego los sueltan, mutilados, para que sirvan de vivientes ejemplos de lo que espera a los que aún se atreven a soñar con una vuelta del régimen legal. Así perdieron o fueron terriblemente maltratados varios de los ministros, que, a fin de favorecer un arreglo negociado para su regreso a Haití, nombró el presidente Aristide en el marco de los acuerdos de Governors Island. Y, aunque parezca mentira, todavía se escuchan en ciertos medios de comunicación de los Estados Unidos afirmaciones según las cuales el problema haitiano no se resuelve por la intransigencia de Jean-Bertrand Aristide, quien no habría hecho suficientes concesiones a los militares genocidas (apenas las muy mezquinas de garantizarles la impunidad para sus crímenes y la de permitirles retirarse a sus cuarteles de invierno sin ser molestados).

Así como la aprobación de NAFTA (el Tratado de Libre Comercio con México y Canadá) ha sido el gran éxito de la política hacia América Latina del Gobierno del Presidente Clinton, su gran fracaso hasta ahora es Haití. Ineficacia, contradicciones, confusión han caracterizado todas sus iniciativas frente a este problema, que, si termina con la consolidación de Cédras, echará siempre una sombra ominosa sobre las credenciales en política internacional de este retorno al poder del Partido Demócrata, un partido, no olvidemos, que hacía flamear el respeto a los derechos humanos y la promoción de la democracia como sus prioridades en lo que se refiere a América Latina.

Afortunadamente, hay en el seno de los mismos demócratas estadounidenses una corriente de opinión cada día más enérgica que critica al Gobierno su actuación frente a Haití. Así, el grupo parlamentario negro del Congreso acaba de censurar a la administración por su inoperancia y de exigirle una acción más enérgica, para reponer al presidente Aristide. Y un respetado dirigente de Derechos Humanos también de color, Randall Robinson, acaba de iniciar una huelga de hambre junto al Capitolio con el mismo objetivo. Son apenas unas gotas de agua, sin duda, pero tal vez broten otras y otras hasta que un gran torrente de opinión se desate y geste un esfuerzo efectivo de solidaridad que ayude al pueblo haitiano a salir de la barbarie en que Cédras, Francois y compañía quieren eternizarlo.